



LOS FASCISMOS ESPAÑOLES

Joan Maria Thomàs
Nueva edición actualizada

Ariel

HISTORIA

LOS FASCISMOS ESPAÑOLES

Joan Maria Thomàs

Ariel
HISTORIA

Primera edición: mayo de 2019

© 2011 y 2019, Joan Maria Thomàs

Imágenes del interior: AESA, Agencia EFE, Archivo del autor, AP, Betmann/Corbis, © Hermes/EFE, Hulton-Deutsch Collection/Corbis, © Méndez/EFE, © Miguel Cortés/EFE y © Vidal/EFE

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3068-6

Depósito legal: B. 6.990-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Introducción	11
---------------------	-----------

Capítulo 1. ¿Qué fue el fascismo?	
¿Por qué surgieron los fascismos?	13

Capítulo 2. Antecedentes y surgimiento de los fascismos españoles	31
--	-----------

La crisis española, 31; Antes del fascismo (1919-1930): Liga Patriótica Española, Somatén, La Camisa Negra, La Traza, Unión Patriótica, Unión Monárquica Nacional y Partido Nacionalista Español, 37.

Capítulo 3. Segunda República y aparición del fascismo en España (1931-1936)	63
---	-----------

El precedente de «La Conquista del Estado», 63; Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, 72; Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, 73; Movimiento Español Sindicalista-Fascismo Español, 78; Falange Española y Falange Española de las JONS, 91.

**Capítulo 4. El peculiar caso español: Franco
y la adopción del fascismo por el Estado** 123

Falange Española de las JONS y la guerra civil, 123; La unificación, 140; El «caso Hedilla», 162; El partido único del Régimen: Falange Española Tradicionalista y de las JONS, 168; Los intentos falangistas de fascistizar completamente el Estado y su fracaso, 185.

Capítulo 5. Arrese y la Falange de Franco 211

Arrese y la Falange de Franco, 211; Franco y Falange en los años de la posguerra mundial, 241.

**Capítulo 6. FET y de las JONS-Movimiento
Nacional hasta 1977. Otras organizaciones
fascistas de los años finales del franquismo** 249

FET y de las JONS-Movimiento Nacional hasta 1977, 249; Otras organizaciones fascistas y ultraderechistas de los años finales del franquismo, 270.

Notas 297

Bibliografía y fuentes 311

Índice onomástico 319

Capítulo 1

¿Qué fue el fascismo?

¿Por qué surgieron los fascismos?

Hoy en día, y de manera nada casual, las palabras «fascismo» o «fascista» son sinónimos de algo autoritario, dictatorial o violento, así como de barbarie e inhumanidad. Son palabras que llevan consigo una fuerte carga negativa. No en vano, ya que la más cruenta de las guerras que se han dado en la Historia, la segunda guerra mundial, se libró en Europa contra regímenes fascistas. Es más, cuando finalizó el mundo pudo contemplar horrorizado, en los noticiarios que por entonces se proyectaban en los cines, las espantosas imágenes de los campos de concentración y de exterminio nazis. Presenciar ese horror, el *súmmum* de la barbarie fascista, hizo que quedase grabada en las mentes de millones de personas una percepción, que se ha ido renovando generación tras generación, de salvajismo y brutalidad asociada al fascismo y cuyos ecos aún resuenan hoy.

Por supuesto que antes de la segunda guerra mundial, e incluso durante ella, se habían cometido otras muchas

atrocidades. Sin ir más lejos, las protagonizadas por los japoneses en los territorios por ellos ocupados en Asia, o la masacre de millones de soviéticos a manos de Stalin, que superó en víctimas la del Holocausto judío. Tampoco habían sido insignificantes los bombardeos masivos realizados por la aviación aliada contra ciudades alemanas, japonesas, francesas u holandesas: los muertos y heridos causados por las bombas de fósforo blanco lanzadas por ellos sobre Dresde o Hamburgo, o las atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, se contaron por centenares de miles. Pero buena parte de tales acciones ni fueron por entonces tan conocidas (las matanzas estalinianas) ni habían sido vistas como censurables, sino todo lo contrario (los bombardeos aliados). Por tanto, no tuvieron entonces, ni han dejado un impacto negativo tan grande en la conciencia colectiva, al menos en lo que se refiere a la europea, porque en China y Japón sí que están muy vivas aún entre la población.

El legado negativo y brutal, por no decir obsceno, del fascismo tuvo, y tiene aún hoy, otra cara perversa: no son pocos, sino más bien legión, los que se sintieron y se sienten fascinados por la simbología nazi, sus cuidados uniformes, sus espectaculares concentraciones de masas, estética general y halo de maldad absoluta, atributos todos ellos que han actuado como verdaderos imanes para personas de diferentes generaciones.

La citada atracción por símbolos y uniformes no es nada casual, sino producto de una escenografía preparada al efecto por los propios fascistas, que mostraron una capacidad más que sobrada para encandilar a parte de sus poblaciones en los años veinte y treinta. Una capacidad que, en parte, aún permanece, y de ello pueden dar fe los muchos libreros y productores cinematográficos y televisivos que desde hace décadas hacen negocio con el tema de los fascismos,

filón inagotable de beneficios. Por supuesto que en esta atracción juega también un interés, legítimo —y muchas veces crítico—, por el fascismo, tema histórico donde los haya, con frecuencia inmerso en otro igualmente atractivo para el gran público como es el de la segunda guerra mundial. Ambos atraen a millones de lectores y espectadores desde hace años. Precisamente en estos momentos asistimos en España a un auténtico *boom* de ventas de libros relacionados con la última gran contienda europea. Un *boom* que, como tantos otros, comenzó fuera de nuestras fronteras, entre el público angloamericano.

Hubo un tiempo en que, para millones de personas, ser fascista era motivo de orgullo e incluso llevaba aparejado un aura de modernidad. Por entonces (las décadas de los veinte, treinta y la primera mitad de los cuarenta del siglo xx) los partidos fascistas despertaban no poca admiración, y los dos regímenes creados por ellos —el italiano primero, en 1922, y el nazi once años después, en 1933— eran vistos como logros notables y ejemplares, incluso por algunos de los que después, desde otros países los combatieron.

Sin embargo, ya desde el mismo momento de la aparición de los partidos fascistas existió una poderosa opinión contraria. Al fascismo se combatió inmediatamente en los países donde surgió —independientemente de que triunfase consiguiendo crear regímenes políticos o no— desde las fuerzas políticas y sindicales democráticas y de izquierda. Es más, en la segunda mitad de los años treinta, el antifascismo se convirtió en un potente banderín de enganche para miles de personas en todo el mundo. La Internacional Comunista (IC) —conocida como Komintern—, la organización que desde Moscú agrupaba, orientaba y dirigía férreamente las actuaciones de todos los partidos comunistas nacionales, declaró el fascismo su enemigo número uno. Y como ade-

más la Tercera Internacional mantenía como premisa fundamental la defensa de la Unión Soviética, ello significaba que su líder, Stalin, había decidido que Hitler se había convertido en el más peligroso enemigo de la URSS, poniendo consiguientemente a toda la maquinaria comunista mundial a luchar contra él.

Esto se vio ya en la guerra civil española (1936-1939). Primero, en 1936 con el llamamiento que hizo la Internacional en pro de la creación de unas llamadas «Brigadas Internacionales» que vendrían a España a luchar «contra el fascismo». Después, con la venta de armas y pertrechos soviéticos a la República, pagados, por cierto, a precio de oro. Nunca mejor dicho, ya que fue precisamente el metal dorado del Banco de España el que financió las compras, siendo además físicamente trasladado a la URSS y convirtiéndose en el tan conocido *oro de Moscú*. Otro asunto muy distinto, que no viene al caso en este momento, es si los militares alzados en España el 18 de julio de 1936 eran auténticos fascistas, o no.

En realidad, quien provocó el mayor auge del antifascismo fue Hitler, con su actitud reivindicativa y agresiva de los últimos años de la década de los treinta, cuando comenzó su escalada de reivindicaciones territoriales. Como es sabido, su actuación acabó provocando el estallido de la guerra —otra cosa es que el Führer buscase eso mismo el 1 de septiembre de 1939 del ataque a Polonia—. Pero fue entonces y sólo entonces cuando el antifascismo se convirtió en la orientación política general más seguida, en el paradigma dominante en el mundo, que venía a sustituir aquel otro que había predominado hasta entonces y guiado a muchos gobiernos desde el triunfo de la revolución soviética de 1917: el anticomunismo.

Pero el protagonismo del antifascismo duró poco. Apenas dos años después de la victoria aliada de 1945, el anti-

comunismo volvió a ser el faro político de un nuevo bloque occidental dirigido por Estados Unidos, un bloque que se enfrentaría durante décadas al dominado por la URSS.

Los militantes antifascistas, los que se habían venido enfrentando en las urnas y en las calles a los partidos fascistas desde que éstos irrumpieron en la escena política, fueron los primeros en ser reprimidos por los regímenes fascistas italiano y alemán una vez éstos llegaron al poder. Es más, los campos de concentración nazis se crearon inicialmente para *reeducar* a adversarios políticos, aunque una parte de los mismos ya no llegasen a ser internados por haber sido asesinados antes. Pero también izquierdistas (mayoritariamente votantes, militantes o afiliados de base) fueron captados e integrados por los sindicatos y organizaciones de masas fascistas, con lo que estos regímenes demostraron tener no sólo la voluntad sino también el poder de atracción, de captación y de persuasión de al menos una parte de las masas izquierdistas. Por descontado que al mismo tiempo que hacían esto reprimían sin piedad a aquellos otros demócratas y/o izquierdistas —fuesen dirigentes, cuadros o militantes— que consideraban *inadaptables*. Y es que fascismo significa unir, juntar, integrar, de ahí el vocablo italiano originario, *fascio*, derivado del latín *fascis*, «haz» en castellano.

A la hora de explicar el nada despreciable poder de convocatoria del fascismo en su época, debemos tener en cuenta sobre todo que fuese una ideología nueva, que cuajase como tal tras la primera guerra mundial (1914-1918) y que alcanzase su apogeo en los años del período de entreguerras (1918-1939) y de la segunda guerra mundial (1939-1945). Pero no sólo fue cuestión de novedad. Fue también en muchos aspectos una doctrina moderna. Propugnaba el establecimiento de un nuevo tipo de dictadura, de partido

único, como ya lo era la soviética, que pretendía ser —como aquella— totalitaria, y, por tanto, capaz de llegar a todos los aspectos de la vida de los miembros de la nación. Y si en la Historia Contemporánea el concepto de «modernización» tiene que ver con progresos en la industrialización, urbanización y secularización, los fascistas, a su manera, también las propugnaban. Pretendían además limitar el poder económico de las élites y lograr una distribución más equilibrada de los ingresos para obtener un mayor nivel de igualdad entre las diferentes clases sociales, así como controlar y dirigir la industrialización y promocionar la agricultura, manteniendo al mismo tiempo una importante población rural. Igualmente, en una especie de actitud ecologista *avant-la-lettre*, pretendían mejorar las condiciones medioambientales. Su promoción de la cultura física y de un tipo de ocio propio no era precisamente reaccionario. Y algunas de las reformas que se adoptaron en Italia respecto al sistema bancario y legislativo sobrevivieron a la caída del fascismo.

Pero no todo era modernidad. Los fascismos tenían también aspectos tradicionales. No eran precisamente modernas la austeridad y disciplina que pretendían imponer a la población, como tampoco lo eran sus políticas para reglamentar y controlar el consumo. O su fomento de la natalidad, en términos de política familiar. Y sin duda, uno de los aspectos más retrógrados de los fascismos fue su concepción del papel de la mujer en la sociedad, que asignaba a las féminas el papel de madre (la *sublime misión*), puntal de la familia y transmisora de valores —fascistas, por supuesto—, labor para la cual necesitaba un adoctrinamiento previo. El antifeminismo fascista era radical y rotundo, ya que negaba la igualdad entre los sexos.

Para los fascistas la política era un dominio masculino, y la virilidad y la violencia, sus valores fundamentales. Ahí

reside ni más ni menos la explicación de la adopción por parte de los partidos fascistas de una forma de organización paramilitar, con mandos, disciplina, uniformes, insignias y entrenamiento de combate. En ellos se glorificaba la violencia y se pretendía militarizar la vida política. Y aunque no fueron los fascistas los únicos en crear milicias o en usar uniformes —pues también lo hicieron los socialistas, comunistas o nacionalistas—, fueron ellos quienes llevaron esta militarización más lejos que nadie. Como también lo hicieron con la brutalización de la vida política, es decir, el que sus escuadras usasen la violencia y el terror, las palizas, los asesinatos y prácticas como la administración de dosis de aceite de ricino. Era su manera de hacer política, compatible, por lo demás, con la labor parlamentaria cuando alguno de ellos —o muchos, como en Alemania—, siempre hombres, conseguían ser elegidos diputados.

Por todo ello, adherirse a un partido fascista, luchar dentro de él por «la conquista del Estado», como decían, fue a veces empresa arriesgada y peligrosa, y atrajo a muchos jóvenes, que eran precisamente aquellos a quienes los fascistas más pretendían. Y es que glorificar la acción, el coraje, la audacia y, por encima de todo, la voluntad de hacer una «revolución» —así, entre comillas, porque no era una revolución izquierdista— resultó ser algo atractivo para miles de jóvenes. Además, el fascismo, un movimiento nuevo, recién llegado al mundo político, se encontró con muchos partidos y sindicatos ya establecidos, con mucho *espacio político* ya ocupado. En este escenario, los jóvenes constituían un granero nuevo del que extraer militantes y votos, como también lo eran otras muchas personas que hasta entonces nunca habían militado en ningún partido. A todos ellos se dirigieron los fascismos.

A los jóvenes y no tan jóvenes que se unieron a los fascistas les atraía la estética y la misma función ritual de las concentraciones, con sus perfectas formaciones, sus desfiles,

banderas, enseñas, himnos y la política de culto-adoración al líder. Toda esta escenografía —que no era, por lo demás, totalmente exclusiva de los fascistas, pues también otros partidos, incluso de izquierdas, la practicaban en mayor o menor medida— tenía una función ritual importantísima, que, ésta sí, era exclusiva: hacer que los que participasen en las concentraciones de masas se sintiesen miembros de una nueva «comunidad nacional», de una nueva nación reunificada, libre de divisiones de partido, de ideología o de nacionalismos locales o regionalismos. Como si el propio partido fascista fuese ya el embrión de la nueva nación unida bajo el patrón fascista que se quería lograr. Y hablando de escenografías, también en el ámbito del arte los fascistas se esforzarían por crear una estética propia, basada en cánones neoclásicos. Su escultura, por ejemplo, estuvo dominada por representaciones de cuerpos masculinos y femeninos en movimiento, con las que pretendían exaltar la fuerza y la disciplina.

Todo lo fascista estaba sobredeterminado por el culto al líder, *Duce*, *Führer*, *jefe nacional* o como se llamase en cada país. Un culto llevado al paroxismo doctrinal con el *führerprinzip* —ni más ni menos que la voluntad de Hitler hecha ley— y con el principio de que *el Duce no se equivoca*. Expresiones ambas de la extrema jerarquización política de los partidos y regímenes fascistas que giraban alrededor de su jefe o dictador.

Además, la ideología fascista era regeneracionista. Consideraba que la sociedad y la cultura occidentales habían entrado en decadencia. Rechazaba los valores liberales y democráticos dominantes, así como el racionalismo, el materialismo y el igualitarismo. También rechazaba el marxismo, el anarquismo y el resto de doctrinas izquierdistas. Y se situaba en una posición idealista y vitalista, de búsqueda de un tipo de hombre nuevo. La «revolución» fascista

Quien provocó el mayor auge del anti-fascismo fue Hitler, con su actitud reivindicativa y agresiva de los últimos años de la década de los treinta, cuando comenzó su escalada de reivindicaciones territoriales.



El fascismo en España estuvo inicialmente representado por diversos grupos, las llamadas «Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista» (JONS) de Ramiro Ledesma Ramos y otros menores.



El resultado de la contienda de 1936 y de la victoria de Franco en 1939 fue la instauración de un régimen autoritario con un fuerte componente fascista, aunque no completamente caracterizable como de este signo.



—o nacionalsocialista, nacionalsindicalista, etc., según los países— debía conducir a la sustitución de las élites políticas gobernantes (liberales, conservadoras o de izquierdas). Este rechazo radical y furibundo de los sistemas políticos liberal-democráticos e izquierdistas llevaba incluso a preferir el término «movimiento» al de «partido», ya que se consideraba que éstos eran frutos del sistema liberal.

Se rechazaba también el conservadurismo, pues no pretendían conservar y preservar la política, la sociedad, la cultura y la economía existentes sino revolucionarlas. Cuestionaban el poder de las clases dominantes, a quienes pretendía sujetar y subordinar a los designios del *Nuevo Estado*. Propugnaban la primacía de la política. Ello no significaba que fuesen anticapitalistas, pero sí el que buscasen la subordinación del capital y de quienes lo poseían para ponerlos al servicio de la nación y bajo la dirección del Nuevo Estado fascista.

Los fascistas querían acabar con la existencia tanto de los sindicatos obreros, de clase, como de las organizaciones patronales y empresariales. Debían ser todos sustituidos por unas nuevas *corporaciones* o *sindicatos nacionales* en los que los «productores» —nuevo nombre que se daba tanto a empresarios como a obreros— trabajasen, no mirando a sus intereses particulares, sino en pro de la economía nacional. Rechazaban la lucha de clases, que, según su discurso, sería sustituida por la nueva integración corporativa nacional liderada por el partido y el régimen y conduciría al engrandecimiento patrio.

Los partidos fascistas tenían todos estos aspectos en común, aunque su nacionalismo extremado llevó a que se diesen diferencias entre ellos. Por ejemplo, el antisemitismo fue una característica fundamental y básica del nazismo alemán, pero fue mucho menor en el fascismo italiano y muy poco relevante en el falangismo español.

Pero, una vez llegados a este punto, preguntémonos ya: ¿Por qué surgieron los fascismos?

Los fascismos fueron, ni más ni menos, una de las respuestas políticas —aunque no la única— que se dio desde la derecha a la crisis que experimentó Europa en los últimos años de la primera guerra mundial y a lo largo de todo el período de entreguerras (1918-1939).

La Gran Guerra (1914-1918) había sido una hecatombe de enorme impacto no sólo militar sino también social, político y económico que había venido a quebrar aquello que el liberalismo, el racionalismo y la fe en la ciencia habían estado prometiendo hasta entonces: el progreso imparable de la humanidad. En su etapa final, comenzaron a cristalizar tensiones larvadas en épocas anteriores. En primer lugar, el desafío que para las élites políticas dominantes había significado la ampliación de la participación política de las clases populares a raíz de la progresiva implantación del sufragio universal en diferentes países, un proceso generalizado desde fines del siglo XIX. También, el temor que producían tanto el incremento de la presencia de los partidos de izquierda en los parlamentos (y en algunos gobiernos) como unos sindicatos obreros que venían protagonizando importantes conflictos ya antes de la guerra, pero sobre todo en su etapa final y en la posguerra, conflictos que en algunos países incluyeron fuertes dosis de violencia. Y por último —y no por ello menos importante sino todo lo contrario y en buena parte relacionado con lo anterior—, el pavor que provocaron a las clases económicamente dominantes y a buena parte de las clases medias la revolución bolchevique de 1917 y los otros intentos revolucionarios vividos en algunos países europeos al final de la guerra y en los años siguientes. A todo ello debemos sumar las fuertes

tensiones económicas generadas inmediatamente tras el fin de esa primera guerra mundial y, más tarde, por el *crack* del 29 y la Depresión de los años treinta. El impacto de lo ocurrido en Rusia, especialmente, con la sorprendente toma del poder por parte de los comunistas, el desguace del Estado zarista y, lo que es peor, del sistema capitalista, señalaron para muchos el peligro que era necesario evitar a toda costa.

Ante la inestabilidad, que, con diferentes ritmos y dinámicas, experimentaron prácticamente todos los países europeos en el período de entreguerras, existieron tres grandes proyectos políticos que pugnaron por triunfar y estabilizar la situación, cada uno con sus propias recetas y con bases sociales, económicas e ideológicas específicas. Fueron, respectivamente, el proyecto reformista-democrático, el autoritario —que incluía, entre otras, la opción fascista— y el revolucionario colectivizador. Es decir, que allí donde existieron los partidos fascistas tuvieron que enfrentarse —y habían surgido específicamente para ello— con los revolucionarios y con los reformistas democráticos. Y también, aunque con menor intensidad, brutalidad y ferocidad, con los conservadores y con las otras opciones autoritarias.

Por ejemplo, en la España de la Segunda República (1931-1936), en el momento de aparecer el fascismo ya existían partidos representantes del proyecto autoritario, con los que nuestros fascistas debieron competir. Eran fuerzas derechistas de signo conservador como Acción Popular y la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), lideradas ambas por José María Gil-Robles, que pretendían *rectificar* la democracia, transformándola en un régimen católico-corporativo; u otras de signo ultraderechista —es decir, que pretendían destruir completamente la República y la democracia— como Renovación Española

—de signo monárquico alfonsino— y la Comunión Tradicionalista —monárquica carlista—. De hecho, el fascismo español no fue sino una más de estas opciones ultraderechistas, aunque este calificativo no les gustase nada a nuestros fascistas. Ellos se autocalificaban «ni de derechas ni de izquierdas».

El fascismo en España estuvo inicialmente representado por diversos grupúsculos, las llamadas «Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS)» de Ramiro Ledesma y otros menores. Después, por Falange Española, constituida en octubre-noviembre de 1933 y pronto, en 1934, unificada con las JONS dando lugar a Falange Española de las JONS. El jefe nacional de la nueva organización acabó siendo, tras esta unión, José Antonio Primo de Rivera, primogénito del dictador de los años 1923-1930, el general Miguel Primo de Rivera.

El hecho de que en España los fascistas se encontrasen con el espacio político de la derecha y de la extrema derecha en buena parte ocupado, les abocó a una lucha de codos que perdieron de forma irremisible. Por lo tanto, sus relaciones con la derecha y con el resto de la extrema derecha no fueron precisamente plácidas, aunque fueron, por supuesto, mucho mejores que con las izquierdas. Falange competía con ellos, pero también los necesitaba para poder participar en las elecciones dado el sistema electoral vigente, de tipo mayoritario, durante la Segunda República. También los necesitó para participar en el golpe militar del 18 de julio de 1936.

Pero contra quien lucharon fundamentalmente, y a muerte, nuestros fascistas fue contra los representantes del proyecto revolucionario. Dicho proyecto estaba formado en nuestro país, cada uno con sus matices diferenciales, por los anarcosindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), los comunistas del Partido Comunista de España (PCE) y los sectores más radicalizados del Partido

Socialista Obrero Español (PSOE), representados por el llamado «Lenin español», Francisco Largo Caballero. También se enfrentaron con los representantes del proyecto reformista, materializado en partidos republicanos como Izquierda Republicana y su líder, Manuel Azaña, que gobernó en alianza con el PSOE en 1931-1933 y después en 1936. Con un PSOE que compartió, al menos durante los primeros años republicanos, el proyecto reformista y cuya alma de este signo podrían haber representado, en parte, Indalecio Prieto y otros. También formaba parte del reformismo —y era objeto de especial odio por todos los autoritarios— Esquerra Republicana de Catalunya, el partido que tuvo en sus manos el gobierno de la única región autónoma existente durante la República —la Generalitat— y que representaba a los ojos de los fascistas y de buena parte de las derechas en general «el separatismo catalán».

Volviendo a Europa, digamos que la estabilización política e institucional sólo llegó a los diversos países inmersos en la crisis cuando uno de los tres proyectos en pugna citados se impuso, fuese en las urnas o mediante un golpe de Estado. En países como Gran Bretaña, Francia, Checoslovaquia, Bélgica, Holanda o los escandinavos se impuso el democrático, más o menos reformista según los países y claramente socialdemócrata, como en Suecia. Por su parte, el proyecto revolucionario acabó triunfando en Rusia, tras una cruenta guerra civil, y dio lugar a la creación de la llamada «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)». Pero el proyecto más exitoso en Europa fue el autoritario. Hacia 1938 ya se había impuesto en la mayoría de los países del continente. En Italia y Alemania bajo la forma de regímenes fascistas y en otros países con otras formas políticas, como la monarquía autoritaria —Hungría, Rumania y Yugoslavia—, la dictadura militar —Bulgaria, Polonia y España (Dictadura de Primo de Rivera)—, el régimen cor-

porativo inspirado en las doctrinas sociales de la Iglesia católica (Austria), régimen corporativo (Portugal), etc.

La trayectoria seguida por España es indicativa de los vaivenes que en algunos países tuvo la pugna entre los tres proyectos. Tras una primera etapa de triunfo del autoritario con la Dictadura de Primo de Rivera, se pasó a otra de predominio del reformista-democrático con la Segunda República, aunque durante los cinco tortuosos años que ésta duró se celebraron ni más ni menos que tres elecciones generales y cada una de ellas se tradujo en cambios profundos de poder. En medio, se dieron además intentos de golpe militar (como los del general Sanjurjo de agosto de 1932 y el de julio de 1936), de revolución anarquista (las insurrecciones de 1932 y 1933) e izquierdista (la Revolución de Octubre de 1934 en Asturias). El fracaso del golpe del 36, es decir, su triunfo en tan sólo una parte del territorio español, condujo, como es sabido, a la guerra civil. Una guerra que fue la máxima expresión de la incapacidad de ninguno de los tres proyectos por imponerse pacíficamente. Por lo tanto, en la contienda y a lo largo de tres años se enfrentarían con las armas en la mano los tres proyectos; o, mejor dicho, uno de ellos —el autoritario— contra el reformista y el revolucionario.

Nuestra guerra civil se caracterizó no sólo por los combates en los frentes, sino también por una violencia política extrema en las dos retaguardias, la «nacional» y la republicana. Violencia que se explica por la voluntad de reprimir a los adheridos a los proyectos contrarios que se encontraban en la propia zona. Y de las dos represiones, la que acabó siendo más brutal fue la franquista, triplicando en número de víctimas a la republicana.

El resultado de la contienda y de la victoria de Franco fue la instauración de un régimen autoritario con un fuerte componente fascista, aunque no se puede caracterizar com-

pletamente como tal. Un Régimen que duraría ni más ni menos que cuarenta y un años, desde 1936 hasta 1977. Su específico componente fascista, representado por el nuevo partido único Falange Española Tradicionalista y de las JONS —después denominado Movimiento Nacional—, duraría ni más ni menos que hasta abril de 1977, hasta dos meses antes de la celebración de las primeras elecciones, las del 15 de junio.

Nos encontramos, pues, ante un tema histórico apasionante y complejo: el de un partido fascista —Falange Española de las JONS— débil e incapaz de tomar el poder como sus homólogos italiano y alemán, pero que, gracias a un golpe militar que no había dirigido ni controlado, y a la voluntad de un Caudillo, llegará a disfrutar si no de todo, sí de considerables cuotas de poder durante décadas, convirtiéndose en el partido fascista más longevo de la Historia. El citado *Caudillo* quería construir no sólo un Estado sólido y perdurable, sino también una base de poder propia y fiel. Por ello se incautó del partido fascista, lo unió al otro ultraderechista que contaba con masas en la llamada «Zona Nacional» durante la guerra —la Comunión Tradicionalista—, se autoproclamó jefe nacional del nuevo partido resultante —FET y de las JONS (obsérvese la introducción de la T de los tradicionalistas)— y le concedió una parte del poder. Y dotó a ese partido unificado —y en realidad nuevo— no sólo de una estructura interna idéntica a la de FE, sino también de su ideario y organización. Es decir, optó por el modelo fascista.

Pero ese caudillo-generalísimo-jefe del Estado y ahora también jefe nacional del partido único ni había sido hasta ese momento un líder fascista, ni lo iba a ser a partir de entonces. Tampoco pretendía conceder a ese partido todo el poder. Aunque se fascistizó superficialmente, Franco retuvo siempre el poder concediendo algunas cuotas a unos

gobiernos designados por él y formados por personas que, a pesar de la existencia del partido único oficial, provenían o estaban ligados a los diferentes partidos, opciones autoritarias e instituciones que habían participado en el intento golpista. Entre ellos se encontraban los falangistas *viejos* y también los nuevos, pero en realidad nunca fue cierto que la política estuviese tan sólo en manos de FET y de las JONS. Por encima y por debajo de ella, hubo cierta pluralidad y familias políticas diversas. FET tuvo ministerios y su organización llegó a contar con masas de militantes, pero no controló ni hegemonizó nunca todo el poder. Tuvo su o sus parcelas.

Los falangistas *viejos* aceptaron, tras algunas vacilaciones y crisis, la unificación de abril de 1937 y se mostraron sumisos a su nuevo *jefe nacional* Franco. Aceptaron así lo que podríamos denominar «la castración de su proyecto revolucionario». Hablarían siempre, eso sí, hasta su misma desaparición en 1977, de la «revolución pendiente» fascista, una «revolución» en la que muchos de ellos ya no creían o que, en todo caso, habían aceptado subordinar a la voluntad de Franco y relacionaban con los logros sociales que a sus ojos había conseguido el Régimen. Tan sólo la ansiaban sectores juveniles del partido, aunque la mayoría de ellos, con los años y las prebendas recibidas del partido y del Estado, fueran «sentando cabeza» y desactivando su radicalidad fascista.

De lo dicho hasta ahora podemos deducir una historia del principal partido fascista español bien singular. Pero antes de entrar a explicarla en detalle debemos referirnos a los antecedentes de la aparición del fascismo en España.